

**Testimonio de Edward Dobson (Tanzania) y María Aguado (Madrid)**

*María:* Nos casamos hace 2 años y medio tras 7 años de noviazgo, gran parte de este a distancia y con muchas dificultades burocráticas. No había sido fácil hasta el momento, pero estábamos convencidos de que Dios nos quería juntos porque nos lo había demostrado en muchos “pequeños milagros” que habíamos vivido.

Edward había dejado su país 2 años y medio antes, para venir a vivir a España con el objetivo de discernir sobre nuestra vocación al matrimonio. Lo que más le había costado dejar era a su familia y su trabajo de médico que le encantaba y en el que cada día ayudaba a muchísima gente.

Llegó a España 3 meses antes del COVID. Por la situación de emergencia pudo trabajar como médico durante 2 años, pero después no. Poco después de su llegada habíamos iniciado los trámites para la homologación de su título de médico que han avanzado muy lentamente y hasta hace muy poco, 4 años después, estábamos a la espera. Desde el inicio, mi madre y yo, las dos médicas, y que vamos al trabajo juntas, hemos estado rezando diariamente a Luminosa por esta intención.

Edward participa semanalmente en un grupo del Movimiento de los Focolares. Sus compañeros miembros de este grupo, habían rezado a Luminosa por otras personas desempleadas que seguidamente habían encontrado trabajo rápidamente. A finales de septiembre decidieron empezar a rezar juntos por Edward, su homologación y su futuro profesional.

Un día estábamos en el metro, mientras Edward pensaba sobre su situación, leyó el tatuaje que la chica de enfrente tenía en el brazo, que decía: “No te desespere, el tiempo de Dios no es rápido ni lento, es perfecto”.

*Edward:* En septiembre tuve una experiencia muy fuerte. Reflexionando sobre mi situación.

Imaginando la condición física de Cristo en la cruz, teniendo en cuenta que fue golpeado tan brutalmente que necesitó ayuda para llevar la cruz, el buen ladrón, al mirar a su izquierda y ver a Cristo clavado en la cruz, gravemente herido, sangrando, desnudo y humillado, me pregunté: ¿cómo pudo este ladrón ver más allá de lo que sus ojos estaban viendo? ¿Cómo pudo ver la divinidad de Cristo en ese estado físico de su cuerpo? Y después de ver la divinidad de Cristo, ¿por qué no pidió alivio para su dolor físico en la cruz y, en cambio, solo le pidió a Cristo que lo recordara? Y me pregunté a mí mismo: ¿veo yo la

divinidad de Cristo durante mi sufrimiento? ¿Cuál es mi actitud hacia Él después de ver su divinidad?

Me impactó muchísimo la fe del buen ladrón y quise ser como él. Desde ese día cada mañana esta era mi oración y cada vez que estaba delante de la Eucaristía rezando por otros, al recordar mi situación sintiendo todo el dolor que advertía en mí, en vez de pedirle a Dios que me lo quitase, solo le pedía que se acordase de mí en su reino.

Durante esos días experimenté una alegría inmensa que no podría comparar con nada en mi vida, es un tipo de gozo que trasciende todos los gozos y va más allá de esta vida terrenal. Cada gozo que he experimentado en mi vida siempre se desvanece después de un tiempo, pero este nuevo gozo es tan fuerte a pesar del peso de mi cruz... Mi única preocupación en esos momentos era que ese periodo de oscuridad en la cruz se acabara y yo me alejara de Cristo. Tenía miedo de que las distracciones por los éxitos mundanos, aunque fueran buenos, difuminaran mi visión de Cristo, que estaba a mi lado izquierdo.

Doce días más tarde me escribió una persona del Movimiento, que es médico, proponiéndome que fuera a su consulta esa misma tarde como médico en prácticas y me invitó al día siguiente a acompañarla en sus cirugías. Estuve yendo al hospital cada día durante casi 2 meses, era muy bonito trabajar con ella amando tanto a los pacientes como a los profesionales, con Jesús entre nosotros por la caridad que nos unía. Al final del programa de rotación, me ofrecieron un trabajo y un master (Fellowship). Esta noticia fue una gran alegría, pues sentíamos que era como un gran abrazo de Dios que nos aseguraba que estaba con nosotros. Es verdad que yo sé lo que quiero, pero Dios sabe lo que necesito.

En el Ministerio me habían dicho, después de evaluar mi situación y los documentos relativos que había presentado, lo que faltaba para lograr la homologación era superar el examen de idoneidad. Me dieron 6 años para obtenerlo, en práctica se trataba de un examen que correspondía a casi toda mi carrera de medicina. Me parecía prácticamente imposible y estaba planteándome volver a Tanzania en este año 2025. A mediados del pasado diciembre tuve la oportunidad de realizar el examen de la homologación en Zaragoza. No me sentía preparado, pero dejé todo en manos de Dios.

Al salir del examen, mientras rezaba con mi esposa María en el pasillo, le decía que el resultado nos diría la voluntad de Dios y que así lo teníamos que celebrar, independientemente de si era un aprobado o un suspenso. Cuando salió el profesor y me dijo que había aprobado, no nos lo podíamos creer. Fuimos inmediatamente a agradecerle a la Virgen del Pilar. Así como Santiago apóstol había tenido dudas por las dificultades y la Virgen se le apareció allí precisamente, yo también había tenido dudas y una vez más Dios se hacía

presente. Estábamos muy felices, aunque nada se puede comparar con la alegría que sentí en la cruz al lado de Cristo.

Las oraciones por parte de mi esposa, su madre y de mis hermanos del grupo del focolar, pidiendo la intercesión de Luminosa, nos han procurado dos milagros: uno ayudarme con mi homologación y el otro ser receptivo para reconocer y acoger la voluntad de Dios.